



Rector

José Antonio González Treviño

Secretario General

Jesús Áncer Rodríguez

Secretario de Extensión y Cultura

Rogelio Villarreal Elizondo

Centro de Estudios Humanísticos

Alfonso Rangel Guerra

Anuario *Humanitas* es una publicación trimestral de humanidades editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Certificado de Licitud de Título y Contenido número 04-2007-070213552900-102. Oficina: Edificio de la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías”, avenida Alfonso Reyes 4000 Nte. Primer piso, C.P. 64440, Monterrey, N. L. México. Teléfono y fax (81) 83 29 40 66. Domicilio electrónico: cesthuma@mail.uanl.mx. Apartado postal No. 138, Suc. F. Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N. L. México. Redacción y corrección de estilo: Francisco Ruiz Solís. Diseño y formación: Yolanda N. Pérez Juárez. Portada: Dirección de Publicaciones de la UANL.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2008

LETRAS

GABRIELA Y CUBA

JUAN NICOLÁS PADRÓN

La primera relación que tuvo Gabriela Mistral con Cuba la estableció mediante la figura de José Martí, el Apóstol de la Independencia y la Libertad. Afirmaba que Martí pertenecía a la estirpe de los escritores que se hacían amar por una inusual mezcla de virtudes: virilidad y ternura, inteligencia y voluntad. Gabriela suponía que los aborígenes exterminados de la Isla eran indígenas de singular nobleza, los más indulgentes y compasivos de América, pues el trópico mostraba a su vista una vida menos dada a la violencia, por su benigno clima y fértil suelo, que sosiega el carácter, atempera los rigores de las penas y suaviza la dureza, se trataba de indios míticos ante su fantasía. Con estos criterios se construye una imagen de los cubanos que después singularizaría, modificaría y cambiaría. Pero en la obra martiana encontró siempre su máximo ejemplo de pureza y dignidad, de admiración y grandeza, de combinación sublime en una criatura humana; con aguda visión, halla en Martí las mejores cualidades de la especie. Se preguntaba: “¿Y de dónde nos llega este ser difícil de manufactura interior en que los hombres hallan la varonía meridiana, la mujer, su condición de misericordia y el niño su frescura y su puerilidad juguetona?”¹ Reflexionaba sobre la “grosera varonía” inculcada por la educación, que el Apóstol cubano rechazaba con sensibilidad hacia la mujer y con el aroma de la infancia. La Mistral lo admiraba como “un hombre de cénit” que “do-

¹ Gabriela Mistral: “José Martí (I)”, en *Gabriela Mistral. Escritos políticos*. Selección, prólogo y notas de Jaime Quezada. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1994, p. 211.

mina y posee ya los dos lados del cielo, el que remontó y el que va a descender”, “el luchador sin odio”, el “combatiente sin odiosidad”.² Resultó célebre su devoción al procer cubano, no solamente por las cualidades personales que admiró, sino por su obra literaria de la que fue devota y además, por la embriaguez de amor americano que le hizo sentir el revolucionario culto y tierno que guardaba al morir en el campo de batalla la foto de una niña en su bolsillo.

La insigne pedagoga chilena sabía muy bien que el agitador político cubano era un “proveedor de conceptos”, por lo cual cada palabra en su lenguaje tenía una intención y hasta un énfasis. Gabriela criticaba el mimetismo del seudobarroco americano con el que se pretendía identificar su estilo auténtico para nuestras tierras. Estaba convencida que el sentido de lo barroco había sido ideado y adjudicado por arquitectos europeos que nunca entendieron la naturaleza de la expresión literaria americana: “El barroco fue inventado por arquitectos no tropicales, los cuales buscando ser magníficos cayeron en gordiflonerías y excrecencias”.³ Afirmaba que “cien años de calco romántico y cincuenta de furor modernista son los cortes en que aparece dividido nuestro suelo literario”;⁴ resulta curioso que en estudios más recientes se haya rechazado el concepto de “barroquismo” para calificar la línea dominante de la literatura hispanoamericana, precisamente mediante similares proyecciones. Al referirse al lenguaje martiano desmentía un supuesto barroquismo porque nunca le veía ornamentación ni añadidos. La abundancia y la densidad conceptual en Martí constituían el resumen de su carga dolorosa, tan bien entendida por ella, que consideró acertadamente como lujo metafórico y pura naturaleza artística, y procedían de una fecundidad y pródiga condición del trópico, sitio de encuentros de disímiles culturas. Y como el apóstol desbordaba originalidad, trascendentalismo y énfasis metafórico, parecía que sus ideas de

² *Ibidem*, pp. 212-215. (Las breves citas anteriores también proceden de estas páginas)

³ Gabriela Mistral: “La lengua de Martí”, en *Antología mayor. Gabriela Mistral. Prosa*. Cochrane S.A., Santiago de Chile, 1992, p. 453.

⁴ *Ibidem*, p. 447.

humanismo y justicia social estuvieran regadas por la savia de la divinidad. Entiende el alma y el espíritu del poeta ante sus necesidades angustiosas y la urgencia de su tarea, y fue para ella no solo una voz que contribuyó decisivamente a la formación de su espíritu, sino, sobre todo, un maestro para entender la esencia de la belleza americana en el ideario revolucionario, comprendida cabalmente gracias al contacto de Martí con el pueblo mexicano, que ella misma comprobó.

Apreció la originalidad del creador cubano frente a la continua imitación. Y como para Gabriela ser original significaba ser salvador, le atribuye a José Martí una vitalidad tropical, una robustez de alta bravura, y el hecho de manejar con destreza esas fuerzas constituye la prueba más concluyente de su acción emancipadora; el verbo clásico y moderno de Martí había vencido al tiempo porque lo había construido para todas las épocas, y guardó de España una lealtad enriquecida de conceptos: la lengua vieja con las ideas nuevas. Pero a veces necesitaba conceptos para una realidad emergente, y los inventaba: “Martí crea sus propios neologismos como un lingüista profesional guardando todo respeto a la tradición en los derivados e inventa por necesidad verdadera, por el hambre de expresividad que había en él”.⁵ Admiraba al orador por la “maravilla de la naturalidad”, por las soluciones didácticas y por la sinceridad y la honradez para convencer, aún cuando su elocuencia y fantasía embriaguen; se lamenta de haber llegado tarde a la fiesta de su palabra, pues nunca lo escuchó. El verbo de Martí, que tanto apasionaba a la Mistral, se caracterizó por un trascendentalismo permanente y el acento oportuno en un rico léxico que mantenía una intensidad dominante y sostenida, cargada de expresividad. Lo que le llamaba la atención a la chilena, tan sensible a la lengua, era que este discurso, con todos los riesgos a que se había expuesto el Modernismo de joyas y aristocracia, en Martí no asumía extravagancias, ni pirotecnia, ni esnobismo. El estilo martiano fue explicado por ella a partir de lo que llamó una “tropicalidad” singular: “El que no podamos mirar esa luz sin pestañeo y el que no alcancemos estos pulsos fuertes culpa nuestra es”.⁶

⁵ *Ibidem*, p. 452.

⁶ *Ibidem*.

De esta manera desarticuló el sentido peyorativo que han tenido, y todavía tienen, los vocablos “tropicalismo” y “tropical”, usados con pretensiones eurocentristas para identificar los estilos sobreabundantes y empalagosos de los “subrománticos”, como si en las gélidas regiones del norte de Europa no los hubiera. Gabriela argumenta: “Hay que llamar al cubano ‘hombre real’ por muchos capítulos, pero principalmente, por haber llevado el resuello de su tierra y haber vaciado la cornucopia de una geografía a lo largo de toda su obra, en la expresión hablada y en la escrita”⁷. El tropicalismo martiano se ofrece de manera natural por venir de lo más profundo de la naturaleza y de la sociedad cubana: “Corríjasele la abundancia y Martí se nos disuelve”⁸. Se trata de una auténtica manera de entender al Martí escritor, tan mal citado y peor leído en Europa y los Estados Unidos por quienes buscan en su frondoso bosque el árbol que necesitan, y obvian los contextos en aras de menguar o anular la verdad artística y política. Ese “desatado lujo metafórico” emana de su naturaleza artística y del cumplimiento del deber que se imponía como divulgador de ideas y aunador de voluntades para la causa de la independencia cubana, que era también la de América, del sur del Río Bravo a la Patagonia. Con altura y precisión, la chilena ha entendido cabalmente el pensamiento del Apóstol de Cuba: “él es sobre todo un poeta, que puesto en el mundo en una hora de dura necesidad, aceptó ser conductor de hombres, gacetillero, profesor, etc., pero de nacer en una Cuba adulta y sin urgencias, se hubiese quedado en el hombre de canto mayor y menor, de canto absoluto”⁹.

Dice bien Gabriela al enfatizar que Martí nos hacía siempre sentir el hueso del pensamiento, aunque nos cautivara con su lenguaje. Sobre *Versos sencillos* afirmó con vehemencia que esta sencillez era disuelta por la relación que la palabra guardaba con su experiencia vital, y en efecto, ahí se encontraba la clave para hallarla. Le parece, por la amalgama fundacional de Europa con América en su len-

⁷ *Ibidem*, p. 453.

⁸ *Ibidem*, p. 454.

⁹ *Ídem*.

guaje nuevo, un “iluminado medieval”. En las páginas martianas destaca que se acerca al concepto de “raza nueva” -concepto posible por la mezcla cultural que siempre ha sido la salvación de Cuba y será la de América, la “raza cósmica” diría Vasconcelos-, y aprende el apotegma en que basó su americanismo. Martí, Vasconcelos y Gabriela, estaban convencidos de que ninguna región del planeta estaba tan preparada culturalmente para la mundialización como “Nuestra América”. No les faltaron razones a estos tres pensadores de tres países diferentes; esa América que definiera el cubano, puntualizara el mexicano y defendiera la chilena, ha sido capaz de asimilar diversidades y hacerlas fecundar día a día por la conjunción de diversos y disímiles factores. Gabriela, desde su vocación de pedagoga y su condición de diplomática, ejerció ese americanismo hasta donde se lo permitieron sus circunstancias, con la fundación de una prédica bajo un espíritu apostólico y pacifista que consolidara el legado de unidad que tarde o temprano habrá de venir definitivamente. Su fuente primaria fueron las enseñanzas de Martí para llegar a una praxis en México donde indudablemente ambos enriquecieron una proyección americanista madura.

Esa dimensión continental Gabriela la percibió desde su primera salida de Chile hacia México, pero se hizo más evidente con la rutina de los viajes. Al vivir la experiencia antillana, se publicó en el periódico cubano *Heraldo de Cuba* el artículo “Volando sobre las Antillas”; allí comprendió cuán cerca estamos: “Digan lo que quieran de la falta de unidad de nuestra América, este viaje y estos viajes míos pasando de un país al siguiente como de un barrio al otro barrio y llegando a ellos como a mi casa (estando tan lejos la casa mía) no me dejan convencerme nunca de la extranjería que me cuentan empecinados; este poder llegar a veintiún países con el mismo ‘buenos días’ y el mismo gesto de conciudadanía natural que me aceptan sin petición expresa”,¹⁰ Después de tener la experiencia europea con países de muy diferentes idiomas e identidades, ella comprendió en las Antillas hasta dónde podía llegar la cer-

¹⁰ Gabriela Mistral: “Volando sobre las Antillas”, en *Heraldo de Cuba* (La Habana), 28 de septiembre de 1931:12.

canía en este hemisferio. Y reflexionaba: “Las Antillas han vivido, yo no sé si muy olvidadas de nosotros, o muy olvidadas por nosotros, a pesar de ser ellas la linda criatura de las dos Américas, cintura descalabrada como la unión de ambas”.¹¹ Y volvía a percibir la identidad común cuando confesaba: “Algún cubano me dijo y yo no lo he olvidado: ‘Usted se siente bien aquí porque los pueblos más españoles de América son Cuba y Chile’”.¹² A lo que podría añadirse que en el pueblo cubano, además, se siente un influjo de la cultura norteamericana, naturalmente asimilada, junto al rechazo al ideario imperialista, aspecto todavía hoy poco entendido en los estudios sobre la cultura cubana. El apasionamiento latinoamericanista de la Mistral tuvo un proceso de radicalización, entre otras influencias, porque conoció al Apóstol y a las Antillas. No en balde escribió: “Decía que entiendo la pasión Caribe de Martí. Apenas si yo me aproximé al trópico y lo toqué con las yemas y le tengo el apego que a las cosas excelentes que no se ven en vano, y de las cuales quedamos convencidos por los cinco sentidos, y para mucho tiempo”.¹³

También por Martí, junto a Bolívar y Sandino, Gabriela alcanzaría una mayor comprensión hacia los problemas sociales de Nuestra América, en los temas relacionados con los campesinos y la mujer, sus derechos y esa “pobre libertad”, unidos a otros aspectos de interés social en los cuales poco a poco y por su cuenta fue indagando, como el problema de la organización del trabajo, el voto femenino, el cristianismo en su sentido más social, etc. Tenía ojos para ver al pueblo y no solamente a las clases pudientes que la agasajaban y que siempre estaban a su lado. Hay que recordar que al celebrarse en La Habana la Conferencia Panamericana de 1928, comenzó a darse a conocer en la prensa latinoamericana con posiciones más radicales de denuncia la injusticia social, reclamando de manera urgente una Reforma Agraria que favoreciera a los campesinos. Posteriormente la chilena se solidarizaría con las causas más avanzadas de su época: la lucha de Augusto César Sandino y la

¹¹ *Ídem*

¹² *Ídem.*

¹³ *Ídem.*

defensa de la República Española. Justamente en la celebración de falso panamericanismo en La Habana, se plantó una ceiba con la tierra de todas las naciones americanas, en el llamado Parque de la Fraternidad Americana de la capital cubana, con la presencia del presidente norteamericano y el dictador Gerardo Machado —bautizado por el poeta revolucionario cubano Rubén Martínez Villena, como el “Asno con Garras”—; un protocolo hipócrita encubría el silencio y la falta de debate ante la situación de Sandino, perseguido en Nicaragua en ese momento por dos mil marines yanquis. Gabriela publica en *El Mercurio* de Santiago de Chile, el 25 de marzo de ese mismo año; “Los delegados de la Conferencia plantan una ceiba como símbolo de la fraternidad del Nuevo Mundo. ¿Por qué una ceiba?, por ser el árbol más umbroso de la América. Yo entiendo, un poco perversamente, el más espeso, para que cubra feas cosas... Yo tengo muchos deseos de que la ceiba se les seque”.¹⁴ Y en ese mismo artículo llamado “La pobre ceiba”, la valiente chilena denuncia al imperialismo norteamericano y elogia la resistencia de Sandino y su “pequeño ejército loco de voluntad y sacrificio”.

Varias veces la poetisa sudamericana estuvo en Cuba. La primera ocasión, en 1922, en el año en que hacía su primer viaje a México; fue una estancia de tránsito y declaró a la prensa que en La Habana no se sabía qué era mejor: si el mar o el pan. *El Fígaro*, *Social*, *Cuba Contemporánea* y *Repertorio Americano* reseñaron la breve visita el 21 de agosto, cuando fue recibida por la poetisa Dulce María Borrero, quien luego fuera su amiga. Unos años después, el 16 de febrero de 1930, publicó en *El Mercurio* un artículo en el que se lamentaba del olvido de las Antillas, a pesar de haber dado grandes hombres como Hostos, Henríquez Ureña y Martí; y rinde un homenaje a las “islas dolorosas” elogiando al trópico y a su cultura, y como siempre, distinguiendo a Martí, el “único antillano que miró al sur”. Esta última frase, pero sobre todo algunos de sus comentarios sobre el mundo antillano, motivaron las suspicacias de ciertos

¹⁴ Gabriela Mistral: “Sandino (II)”, en *Gabriela Mistral. Escritos políticos*, cit., pp. 233-136.

gacetilleros cubanos vigilantes de cualquier apreciación para colmarla de malas intenciones y de actitud acusatoria. Ernesto Fernández Arrondo, en un artículo aparecido en el periódico cubano *El Diario de la Marina* el 13 de abril de ese año, criticó a esos colegas, y Jorge Mañach, el eminente ensayista y muy amigo de la Mistral, respondió también a su favor desde su leída atalaya en el *El País*. Al año siguiente la poetisa hizo una visita a La Habana donde fue muy bien recibida, y el incidente quedó en el olvido.

El 27 de octubre de 1938 la ciudad de La Habana le rindió un merecido homenaje a Gabriela Mistral. Siete mil habaneros se reunieron en el Anfiteatro de la ciudad para aplaudir a la visitante que ya conocían muy bien, sobre todo por ser la autora del libro *Desolación*. Su amiga Dulce María Borrero pronunció las palabras de exaltación con la retórica de la época, y resaltó la misión americanista, la tarea de formar juventudes para un nuevo día de América y la prédica de la chilena para dignificar a la mujer hispanoamericana; elogió el sentido espiritual de la poética de la ilustre invitada quien siete años después recibiera el Premio Nobel de Literatura, el primero concedido a un americano y uno de los primeros, a una mujer. El programa de homenaje consistió en la recitación de poemas, la interpretación de obras de música de concierto, pregones populares chilenos y canciones (cuecas y habaneras), y en él participaron poetas y músicos de amplio prestigio. Gabriela agradeció el festejo calificando a La Habana de bella, marítima y vital. Mucho la impresionaron las interpretaciones de sus poemas, y confesó: “Hay unos pueblos del Dios Padre. Ellos son fuertes; hacen y batan el mundo, al igual del demiurgo, día a día; son épicos y jadean siempre de su afán. Hay otros pueblos que [adjudica] al Dios Hijo. Estos son blandos y menos agitados y sirven para la dulzura de vivir y de amar. [...] Y hay pueblos del Espíritu Santo. Estos son sólidos y echan llamas. Viven muy agitados, hacen y rompen sus hechuras, buscan lo posible junto a lo imposible, y cuando al fin llegan, ¡qué logros grandes los suyos! Cuba y México se me ocurren pueblos del Espíritu Santo. Y creo que la chilenuidad es hija de Dios Padre”.¹⁵ Y

¹⁵ Departamento de Cultura [Ministerio de Educación], Municipio Habana: *Homenaje de la ciudad a Gabriela Mistral*. Molina, La Habana, 1938. s/p.

concluía: “Somos fuertes y tal vez algo bruscos, y un tanto pesados. La gracia del Santo Espíritu no nos llueve, o llueve de tarde en tarde sobre nosotros...”.¹⁶ Por supuesto, estas apreciaciones no pueden tomarse al pie de la letra porque tampoco se pueden desvincular del entorno de amabilidad, cortesía y gratitud con que la poetisa correspondió al recibimiento. Sí apuntó con mucho énfasis que la música cubana era “la más vital, la que, con espejos de alegría, sale al encuentro del sudamericano, que es carne de pesadumbre, y que debe aprender la alegría, casarse con la alegría”.¹⁷

La próxima visita oficial a Cuba de Gabriela fue en 1953, invitada a participar en la celebración del centenario de José Martí. Llegó a la isla acompañada de su amiga norteamericana Margaret Bates, a la que había conocido en Italia y llamaba “Niña de Roma”. Se alojó en casa de Dulce María Loynaz, que la presentó en el Ateneo de La Habana. En el jardín de la casa de Dulce María, junto a una fuente, solía sentarse y tomarse una taza de té. Siempre estuvo rodeada de muchos amigos y amigas que la admiraban, conocidos, interesados, funcionarios y personalidades públicas, y se debatía entre el reclamo de ellos y la necesidad que tenía de disfrutar de la recogida soledad junto a la fuente, y también, porque la hospitalidad en la casa de la Loynaz tenía la desventaja de rivalizar con la preferencia de la chilena hacia ambientes más modestos, ajenos a los ampulosos cumplidos de la alta sociedad habanera que allí la visitaba. Han sido muchas las versiones y comentarios que se han manejado en torno a desavenencias y desencuentros entre Gabriela y Dulce María, dos reconocidísimas poetisas de América: la primera, merecedora del Nobel, y la segunda, del Premio Cervantes, mucho después. Según la chilena, Dulce María la echó de su casa, por varias causas: el rechazo a acceder, en primer lugar porque no podía hacerlo, a una petición de la Loynaz para que le otorgara su voto a la escritora española Concha Espina para el premio de la Academia sueca; su negativa a escribir un prólogo a un libro de la poetisa cubana y a aceptar un terreno para fijar residencia en Cuba, dada su posible

¹⁶ *Ídem.*

¹⁷ *Ídem.*

condición de cónsul vitalicia en la isla; así como algunas discusiones de carácter político e ideológico entre ella y el esposo de la cubana, el cronista social de origen español Pablo Álvarez de Cañas. Estos incidentes fueron comentados por la Mistral a Adelaida Velasco en carta fechada el 12 de abril de 1954,¹⁸ y más ampliamente en carta al insigne Alfonso Reyes en julio del propio año.¹⁹ De acuerdo con Dulce María, la causa de los disgustos fue el agravio de incumplir Gabriela con una cena organizada en la mansión vedadense del matrimonio Loynaz-Álvarez de Cañas, donde se había dado cita lo más granado de la alta sociedad habanera, y según algunos, por haber preferido la chilena pasear por la playa con otros amigos. Sean una cosa u otra, esta vez la salida de Gabriela de Cuba no fue grata.

Cuenta la poetisa cubana Carilda Oliver Labra²⁰ que Gabriela había leído unos poemas suyos y se entusiasmó tanto por esa lectura que decidió conocerla, a pesar de que ella vivía en la ciudad de Matanzas, a unos cien kilómetros de La Habana. Carilda siempre fue una mujer hermosísima y de un atractivo singular; también ha sido una excelente conversadora, con una simpatía y una sencillez tal que convierten su charla en una gratísima experiencia, pues en su conversación maneja una gran variedad de temas con un ejemplar equilibrio para la comunicación. Gabriela, y Dulce María, que la acompañaba, la invitaron a una cena que se celebraría en casa de esta última y a la cual solamente asistirían mujeres. Cuando Carilda -a quien la chilena había bautizado como “Niña del Campo”, porque su anfitriona le había dicho que la bellísima ciudad de Matanzas, llamada La Atenas de Cuba, era “campo”- entró a aquella cena de riquísimas señoras, la Mistral hizo un aparte con ella para hablar a solas durante un tiempo mayor de lo que permitían las normas sociales. Dulce María se molestó e interrumpió la conversación para recordarle que otras damas esperaban por su atención. Gabriela, hastiada de protocolos y deslumbrada por la personalidad de Carilda,

¹⁸ Gabriela Mistral. *Antología mayor*. Cartas. Cochrane S.A., Santiago de Chile, 1992, p. 562.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 566-569.

²⁰ Intervención pública de Carilda Oliver Labra en *Confluencias*, Teatro Nacional de Cuba, 2005.

tan cercana a ella en la sencillez y su gusto por lo natural, decidió quedarse con ella más tiempo y hacer caso omiso de los reclamos formales de la *hight society*. Para muchos, esa fue la gota que desbordó la copa del límite de la Loynaz. En realidad, existía una evidente diferencia de origen social y de actitud ante la vida entre la anfitriona y la chilena que obstaculizaba la comprensión y la comunicación. Así Carilda pasó a ser en la mitología popular el motivo de este desencuentro.

Ni Dulce María Loynaz ni Gabriela Mistral tenían disposición para aceptarse mutuamente, pues eran bien diferentes en formación ideológica y proyección social; la primera era una dama de familia rica, y la segunda, una campesina. Además, ambas poseían una dureza de carácter, difícil de vencer si estaban enfrentadas. En una conferencia ofrecida en la Casa de las Américas el día 9 de diciembre de 1986,²¹ Dulce María cuenta que en 1953, cuando recibió en su casa de La Habana a Gabriela, esta le preguntó cuál era a su juicio el primer poeta de América; la cubana sin vacilar le contestó que Rubén Darío, y la chilena le respondió que coincidía con ella. Pero la Mistral volvía a la carga y le lanzó otra pregunta: “Y de nosotras, ¿cuál cree usted que sea la primera?”²² e inmediatamente después le aclaró: “No vaya usted a incurrir en la simpleza de decirme a mí misma que soy yo. Por lo menos ponga otra a mi lado”.²³ La Loynaz, de genio vivo y respuestas rápidas y precisas, le dijo en el mismo tono: “Pues no me queda más remedio que incurrir en esa simpleza, porque usted me lo ha preguntado y porque es la verdad. No voy a poner ninguna a su lado, pero voy a decirle otra verdad que tal vez no le parezca tan simple: Si otra de ‘nosotras’, como dice usted, hubiera vivido los años suyos, no sería usted la primera poetisa de América”.²⁴ A Gabriela, que sostenía la verdad por encima de todo, no le quedó otra alternativa que contestarle sencilla-

²¹ Dulce María Loynaz: “Prólogo”, en *Poesía*. Delmira Agustini, Ediciones Casa de las Américas, Colección Literatura Latinoamericana, La Habana, 1988.

²² *Íbidem*.

²³ *Íbidem*.

²⁴ *Íbidem*.

mente: “También coincido con usted”.²⁵ No se había nombrado, pero las dos estaban hablando de Delmira Agustini, quien murió a los veintisiete años. Así era la relación entre estos dos fuertes caracteres.

Muchas versiones circularon en La Habana sobre la personalidad de la chilena después de estos incidentes; se le atribuían simpatías y antipatías, apasionamientos y arbitrariedades, prejuicios y caprichos, por parte de quienes la juzgaban, a una y a otra, con toda una mitología de la época. Pero a pesar de comentarios de diverso pelaje, Gabriela dejó en Cuba amistades diversas, de perdurable y grato recuerdo. Una de ellas fue Lydia Cabrera, quien guardó una imagen “encantadora, afectuosa, sencilla”, y siempre la recordó con un vital sentido del humor que, según cuenta la propia Lydia, “anulaba entre las dos una diferencia de edad y una superioridad que hubiese podido imponerme silencio”.²⁶ Se conocieron en Barcelona en 1935 cuando la cubana vivía con la escritora venezolana Teresa de la Parra, ya muy enferma en su último año de vida. Gabriela también sentía un gran afecto por Teresa, una de las grandes precursoras del feminismo en América. Lydia cuenta de una corta estancia de la poetisa chilena en La Habana durante la Segunda Guerra Mundial, momento en que dejaron de verse y escribirse, aunque no de quererse. La Mistral le reprochaba en broma dos cosas: que no le importaba publicar y que siempre la había tenido que ver en un ambiente de personas ricas. En Madrid le palpaba los pómulos y se lamentaba diciéndole: “¡Qué lástima, no eres indita!”; y ella le contestaba: “Ni tú Apóstol de ios indios, porque en vez de andar por Europa debías estar con ellos en tu valle de Elqui...” Y Lydia le seguía replicando: “A ver, Gabriela, en Buenos Aires vas a casa de Victoria Ocampo, ¿una indigente?”²⁷ En realidad, se querían mucho y se toleraban cualquier cosa, pero no habían tenido oportunidad de mantener una relación más estrecha en la isla, pues la diplomática tenía que codearse continuamente en La Habana

²⁵ *Íbidem.*

²⁶ *Íbidem.*

²⁷ Gabriela Mistral: Siete cartas de Gabriela Mistral a Lydia Cabrera. Peninsular, Miami, 1980. s/p.

con personas que no tenían afinidad con la cubana.

En las cartas de Gabriela a Lydia y a Teresa siempre se mostraba interesada por la salud de esta última, y le recomendaba medicina naturalista. Es la época en que se está preparando la Segunda Guerra Mundial y la diplomática, después de no ser aceptada por Mussolini tiene que salir de Italia para el consulado de Portugal. Con la muerte de Teresa, Gabriela quedó sorprendida y muy afectada; en una larga carta a Lydia la invita a su casa para reponerse de ese terrible dolor. Cuando la chilena visitó a La Habana en 1938, le escribió a la cubana que estaba en España, y se queja del calor habanero; le confiesa: “Tengo -desde hace meses- un deseo violento de campo; haré todo lo posible por irme a un lugar de muy poca gente, de lengua extraña y que me permita vivir con vacas, pasto y gallinetas”.²⁸ En otra carta, algún tiempo después, cuando ya Gabriela estaba muy enferma, le pide que le esclarezca qué posición tiene en materia de ideas sociales, y se desborda confesándole: “Es importante para mí -para mi bien hallarme en la conversación y la amistad- saber este punto de mis amigas. Es todo, Lydia. Le repito que la miré y la sentí cambiada conmigo. O es su dolor que usted guarda con el pudor de los orgullosos y que la hace lejana de las gentes, o es sencillamente -yo soy soberbia y no vanidosa- que yo la decepcioné de mí. Cosa que ha ocurrido ya con muchos y con gente de valor: me abultan y me les desinflo de golpe. Yo no soy ninguna maravilla, sino una vieja con lados de niño, mal educada, no poco fanática en varias cosas, tal vez atrabiliaria y mal corresponsal porque apenas escribo cartas”.²⁹ Estas confesiones revelan el profundo sentido de humanismo y sinceridad de la controvertida chilena.

La obra y la personalidad artística de Gabriela dejaron un alto reconocimiento y un registro apreciable en los principales ensayistas de las vanguardias cubanas. Jorge Mañach, quien era su amigo y después fue muy admirado por la poetisa debido a su impecable biografía *Martí, el Apóstol*, había definido la esencia de su obra como

²⁸ *Ídem.*

²⁹ *Ídem.*

“la espiritualización de la voluptuosidad, que es la ternura”,³⁰ y se detuvo en la lengua mistraliana dirigida a los niños: “Es arte este de hablar a la infancia, que solo dominan los que tienen un sentido muy hondo de lo espiritual y de lo concreto, Juntan el temblor a la plasticidad, la malicia del decir bello a la inocencia de la emoción - ¡qué logro cabal en las páginas de *Ternura*?³¹ Juan Marinello, otro pensador vanguardista, de profundas convicciones marxistas, reparó en los detalles de un recital de la autora de *Desolación* para desentrañar los rasgos psicológicos de su personalidad; veamos este minucioso retrato cinematográfico de la entrega de Gabriela a una lectura en La Habana: “Se acerca a la pequeña mesa azul con un gesto de vencida o de maestra. Pone en orden unos papeles rebeldes poblados de letra grande y fuerte, comienza una lectura que cada espectador recibe como si sólo a él fuese enviada. Es una lectura monótona, queda, para no ahuyentar con ruido de palabras el saldo de entraña que corre por las letras gruesas. La luz, demasiado vecina, da ahora a la cara de esta mujer calidad de máscara. Las líneas de sombra violeta dibujan un rostro de biseles limpios, en que nada se quedó a medio hacer. El rostro está separado de la carne, pero no lejos de ella. Lee con pausas breves, para que la voz se arregle los bríos apasionados que se le va desbridando. Por las pausas tocamos el reverso de la máscara iluminada, los hilos que tiran apasionadamente de la boca teresiana. Por las hendidias de pausa, por los resquicios que franquean las palabras calientes, vemos como la mujer ancha y alta está disolviendo la carga de su nombre y la llama que le atraviesa el alma y el cuerpo en una sonrisa india que retiene todas las respuestas”.³² El agudísimo observador, autor de *Martí, escritor americano*, pudo ver mucho más allá de esta concentrada comunicación, la intensidad y la robustez del pensamiento

³⁰ Jorge Mañach: “Gabriela: alma y tierra”, en *Gabriela, vida y obra. Bibliografía. Antología*. Instituto de las Españas, New York, 1936, p. 7. Citado en: Margot Arce de Vázquez: *Gabriela Mistral, persona y poesía*. Ediciones Asonante, San Juan, Puerto Rico, 1958, p. 63.

³¹ *Ídem*.

³² Antología mayor. Gabriela Mistral. Poesía. Cochrane S. A., Santiago de Chile, 1992, p. XI.

sedimentado en el dolor y la fuerza de América.

Poetas vanguardistas cubanos hicieron diversas lecturas de la obra mistraliana. Para Eugenio Florit, la poesía de Gabriela tiene un “tono de extrañeza y de misterio”³³ que se advierte a partir de una constante presencia de lo inefable. Solo podrá conocerse mediante una participación y solamente cuando queramos encontrarnos también, desde una soberbia convicción, con la naturaleza americana. Argumenta Florit que su patria chilena siempre está ante sus ojos, por el desierto, en la tierra arrugada y la imponente serranía de elevadísimas cumbres, así como por las playas y el sol también del trópico, el monte y el río, pero sobre todo, el mar. Según el poeta cubano, con *Tala*, Gabriela ha logrado “la mayor realidad y la mayor intensidad”³⁴ en el paisaje americano, desde la Patagonia a México y las Antillas, con un ecumenismo de singular catolicidad y una pasión inalcanzable. Florit, basándose en la expresión martiana de “ala y raíz”, afirma que la Mistral “funde la raíz con el ala, de tal modo que nos parece ver que sus raíces vuelan desde el suelo, en tanto que las alas, que pasan temblando por sus versos, están muy hondas dentro del suelo que pisan sus pies”.³⁵ El autor de *Trópico* le concede a la autora de *Tala* la maestría del paisaje con la presencia de Dios y de ella misma, y también la del lector. De esta manera, nos convertimos todos en escenario de la vida; toma de ejemplo el poema “La flor del aire”, que la propia poetisa atestiguó haberle querido llamar “La aventura”, es decir, su aventura con la poesía, una sensibilidad de la imaginación repleta de simbolismos.

Los poetas y ensayistas cubanos católicos del grupo Orígenes ofrecieron otras percepciones de la obra de Gabriela Mistral. En una conferencia pronunciada el 2 de marzo de 1957 en la Universidad de Las Villas, el crítico cubano Cintio Vitier calificaría a *Desolación* como “proeza de arrojo y equilibrio que ya nos da, sobre la ostensible reciedumbre de su tono, la medida de esa secreta varonía creadora que tiene que contrapesar en la mujer la tendencia a la reabsorción placentaria o a las

³³ *Ibidem*, p. XIX-XX.

³⁴ *Ídem*.

³⁵ *Ídem*.

caóticas evaporaciones”.³⁶ Independientemente de la fuerte óptica referencial masculina en que se sitúa este análisis, para la fina lectura de Cintio, el “problema estético” se ha resuelto “de un sólo golpe ciego de su instinto”,³⁷ y en relación con el tema de la muerte alude a los memorables sonetos que le valieron la fama con sus “arranques bravios” y sus “ternuras recónditas”, presentando ese “doloroso orgullo” que tanto conmovió a los doctos de su época. Vitier identificó a la Mistral como un caso de sensibilidad hispanoamericana que no necesitó de Francia, posiblemente por primera vez en las letras latinoamericanas: *Tala* significaría para él “la entrada plena de la voz de Gabriela Mistral en su órgano de expresión mayor y definitiva”.³⁸ El tono de su poética arrasa desde la profundidad remota en que encuentra a su América y abarca variadas gradaciones de tristezas mediante el himno, la confesión, la plegaria, e incluso, la ronda infantil. El ensayista cubano considera que en *Lagar* lo indio y lo católico siguen mezclándose en una evocación fantástica asombrosa para él, hijo de un pueblo cuyas mezclas se habían dado con otros referentes y orígenes. Por tal razón, el ideario americano que trajo Gabriela, y que posteriormente se fue estableciendo, ha sido una sorpresa y una fecundación para el pensador de la Isla, sin una sombra de folklorismo o arqueología para turistas, y con la sinceridad de un verdadero sentimiento cristiano, porque demostraba la espiritualidad del catolicismo humanista sin disfraces retóricos, y sin negar el drama de religiosidad de su sangre indígena. La obra mistraliana expuestas a estas reflexiones, ha contribuido a uno de los mayores ejemplos de la expresión americana.

Otro miembro del mismo grupo Orígenes, el poeta Elíseo Diego, en el prólogo a la selección de *Poesías* de Gabriela Mistral publicada por la Colección Literatura Latinoamericana de la Casa de las Américas, comentaba que el “amor [...] es siempre en ella un eco bíblico, y que en un poema terriblemente hermoso va a revelarnos cómo la cólera del Viejo Testamento no es más que el reverso de la ternura del Nuevo”.³⁹

³⁶ Cintio Vitier: *La voz de Gabriela Mistral*. Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1957. s/p.

³⁷ *Ídem*.

³⁸ *Ídem*.

³⁹ Eliseo Diego: “Prólogo”, en *Poesías*. Gabriela Mistral, Ediciones Casa de las

Curiosa observación la de un militante católico que siempre tuvo una agudísima sensibilidad poética. Elíseo descubre que “Gabriela Mistral ha sacudido la mucha doblez, la hartada hipocresía que sepultó en América el verdadero sentimiento cristiano”,⁴⁰ y se alegra de que haya sido ella quien, sin negarse a restaurar el aporte europeo a la esencia cristiana en nuestros pueblos, de por sí exija “la amorosa integración” en el rumor de la *Biblia*, en que “suavemente se juntan a los nombres de las cosas de América, dentro de un ritmo [...] las flautas andinas”.⁴¹ El poeta cubano celebra de Gabriela una hibridez de culturas que tarde o temprano vendrá con la paz, y que se despojará de la dureza de estos tiempos de barbarie; una amorosa incorporación de elementos diferentes ya aceptados que por fin se construyen con armonía en un gran pueblo americano, sin rencores ni odios, cuando haya llegado definitivamente para todos el imperio de la soñada justicia social. Para Elíseo, “Es el fin de su poesía donde está su verdadero comienzo”.⁴²

Las relaciones de Gabriela con creadores cubanos no pocas veces se revirtieron en mutuos influjos. Como parte del servicio exterior de su país, mantuvo contactos e intercambio de correspondencia con escritores como con el poeta y diplomático Mariano Brull. Algunas veces la relación se profundizaba en amistad, como ocurrió con el narrador Alfonso Hernández Cata, nacido en España pero destacado cuentista cubano que en su honor se estableció uno de los premios literarios más prestigioso de los años 40 y 50 en Cuba, fallecido en un accidente aéreo en Brasil, donde era representante diplomático de la Isla cuando Gabriela formaba parte de legación chilena en ese mismo país. La pérdida de Hernández Cata la sobrecogió y escribió un artículo en *La Nación* el 8 de julio de 1941, titulado “Despedida de Hernández Cata”, que habla por sí solo: “Como su José Martí, él tenía una fiesta en el amar y hacerse amar, en el seducir por la verba y en ser a su vez seducido por la ajena”.⁴³

⁴⁰ *Ídem.*

⁴¹ *Ídem.*

⁴² *Ídem.*

⁴³ Gabriela Mistral. “Despedida de Hernández Cata”, en *Antología Mayor. Gabriela Mistral*. Prosa. Cochrane S.A., Santiago de Chile, 199, p. 435.

Y ampliaba: “La alegría habanera, hecha de olas felices, le dio un natural placentero, en contraste con la melancolía de los pueblos andinos [...] la cultura logra más que la malicia como mensajera y [...] no hay red más dulce para el alma arisca de los pueblos que la de un hombre sabio y de buena fe”.⁴⁴ Otra vez la presencia martiana en quien ya era considerada una de las mayores especialistas en su legado. En el libro *Gabriela Mistral, rebelde magnífica*, de Matilde Ladrón de Guevara, se incluye una carta de la poetisa al diplomático cubano José de la Luz León, en que daba respuesta a una petición sobre datos de Martí. La propia chilena se asombraba de que sea un cubano quien le pida esos datos a ella y reconoce que ni él ni ella tienen libros de Martí en Europa, porque no los hay. En esa carta se queja de esa carencia y señala: “Mas que nunca sirve esto ahora, mi amigo, más que nunca. América se está llenando de inmundicia”.⁴⁵ Así era la relación de la chilena con los cubanos, en que casi siempre se sentía la presencia de Martí.

Desde esa conciencia civil, siempre tuvo bien claro su papel social y político, como discípula espiritual del Apóstol. Así lo demuestran sus colaboraciones en la prensa periódica cubana. En diciembre de 1938 se publica en la revista *Ellas* un artículo bajo el título “La mujer y su cultura”, en el que sintetiza sus ideas sobre el feminismo y la libertad, la infancia y la educación, la cultura y la religión, entre otros temas. En la revista *Orto*, de la ciudad de Manzanillo, el 28 de abril de 1939, aparece su “Recuperación de Pablo de la Torriente [Brau]”, periodista, narrador, combatiente internacionalista puertorriqueño-cubano caído en combate como comisario político durante la guerra civil española. Tenía Gabriela la convicción de que “Los poetas debemos hacer más, no quedarnos con el ojo pegado sin ver lo que pasa”,⁴⁶ y critica la literatura banal, “aquella destinada a ser un cosquilleo de la sensibilidad”.⁴⁷ Si se pudiera resumir la

⁴⁴ *Ibidem*, p. 436.

⁴⁵ Matilde Ladrón de Guevara, *Gabriela Mistral, rebelde magnífica*, Santiago de Chile, Emisión, 1957.

⁴⁶ Gabriela Mistral: “Recuperación de Pablo de la Torriente (Brau)”, en *Orto*, Imprenta El Arte, Manzanillo, Cuba, 28, 1939: 131-132.

⁴⁷ *Ídem*.

huella de la Mistral en la Cuba de hoy, se ofrecerían dos dimensiones. La primera se remite sólo a la poesía, y ahí podemos encontrarla en el aliento de algunos poemas de Carilda Oliver Labra, o en la cercanía al mundo infantil en una buena parte de la obra de Rafaela Chacón Nardi, o en cierta rebeldía intuitiva de algunos sonetos de Serafina Núñez... La otra dimensión de esa huella, proyectada en un sentido más amplio de cultura, es la que incluye la vocación pedagógica y el sentido crítico, su interés latinoamericanista, alcance social y político, y su pasión por Martí, que puede sintetizarse en las confesiones siguientes: “Es agradecimiento mi amor de Martí, agradecimiento del escritor que es el maestro americano más ostensible en mi obra, y también agradecimiento del guía de hombres terriblemente puro que la América produjo en él, como un descargo enorme de los guías sucios que hemos padecido, y que padeceremos todavía”.

⁴⁸ Gabriela Mistral “José Martí (I)”, en *Gabriela Mistral. Escritos políticos*, cit., p. 214.